

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay en la vida situaciones de verdadero compromiso, de las cuales sólo nos sacaría con bien una ruda franqueza á lo D. Frutos Calamocha, ó una diplomacia digna de Metternich. No poseyendo ni una ni otra, es indecible el aprieto en que nos vemos los que somos á la vez personas bien educadas y consecuentes aficionados al Arte.

Es el caso que nos traen á consulta un drama, libro, cuaderno de poesías ó artículo periodístico, fruto de un ingenio novato que no acierta á darse cuenta de si está en cinta de la inmortalidad, ó solamente de un ridículo ratón. Generalmente viene el embuchado muy primoroso, atadito con cintas, sellado con lacres, escrito en terso y satinado papel, con impecable letra redonda, ó con excelentes caracteres dactilográficos. Acompañale una carta rendida y rebosante de expresiones y efusiones, donde el principiante os confía sus aspiraciones, sus ensueños, lo que representan para él aquellas cuartillas, en las cuales ve cifrado su porvenir y cimentado el edificio de toda su vida. Los programas y las esperanzas algo difieren, aunque en el fondo vengán todos á ser lo mismo. El uno tiene interés en publicar un tomo de versos, que la crítica aplauda y el público lea y pague, á fin de poder establecerse en la corte con una base suficiente de celebridad, que le abra todas las puertas y le concilie todas las voluntades. El otro aspira á dar á luz un artículo, para ingresar en la redacción pagada de algún diario de los de mayor circulación. El de acá quiere sentar plaza de novelista, porque con un par de novelas que publique al año, podrá sostener á su familia, compuesta de madre, esposa y dos niños pequeños. El de allá cuenta con el éxito del drama ó comedia ó juguete (lo que Dios quiere que sea) para empapar sus pretensiones á una buena colocación, que le salve del apuro económico en que está atollado. Y hasta hay alguno que ansía verse llevado en trompeteos de la fama vocinglera, al único y exclusivo objeto de probarles á los papás de una novia, que se oponen á las relaciones, que no tienen pizca de olfato y que están desairando á un genio.

Y todo esto es respetabilísimo, y simpático, y muy de desear que cada cual de los aspirantes obtenga lo que ansía y se encuentre en menos que canta un pollo saludado y aclamado por la prensa y las muchedumbres como al triunfador se aclama y saluda... Lo grave es el papel personal que nos atribuyen para llegar á resultados tan plausibles y convenientes.

Como que, si nos atenemos al texto de la carta, de nosotros depende que sucedan las cosas conforme á los anhelos del expositor, ó que, al contrario, se obscurezca para siempre su estrella literaria. Nuestro juicio es seguro, nuestro fallo inapelable, nuestro voto es el que va á decidir de una suerte, de un destino. Si encontramos algo, la señal del ángel, la marca de los elegidos, en el texto..., ¡ah!, entonces el autor puede cantar victoria; y en cambio, si condenamos á aquellas pobres hojas al fuego ó al olvido..., ahí tienen ustedes á un individuo sentenciado eternamente á vegetar en la obscuridad, inerte para la lucha por la existencia, amputado de la frondosidad de sus ilusiones, relegado á la prosa de un trabajo manual ó á las grises y polvorientas rinconadas de una oficina..., si por lo menos encuentra tales medios de subsistir, y si nuestro fallo cruel no le ha cerrado hasta ese refugio...

La carta, por otra parte (estas cartas se parecen entre sí como la gota de agua á la gota de agua), encierra reiteradas protestas de que se nos pide sinceridad, únicamente sinceridad. Que ningún estímulo de compasión tuerza nuestra vara de justicieros literarios. La verdad, la verdad implacablemente. Por dura que sea, la oirán resignados y la estimarán agradecidos. Un desengaño á tiempo, es una prueba relevante de simpatía y de bondad. No vacilemos: descarguemos el golpe; es el servicio que se nos pide, como se le pide al médico, á la cabecera del enfermo, la decisión suprema...

Y henos aquí sumergidos en el piélago de las du-

das y las incertidumbres más angustiosas. Por cortidos que estemos en este ejercicio de las letras; por muchas cicatrices de veteranos que surquen nuestra piel; por conocido que tengamos el juego del amor propio y el tinglado de las vanidades, todavía conservamos un resto de fe y mucho fondo de sensibilidad, que nos obligan á interesarnos por lo que, en rigor, ni nos va ni nos viene, y á creer en lo que sabemos pertinentemente que no es cierto. La experiencia y la razón nos dicen que, si escribimos francamente lo que pensamos de artículos, poesías, dramas, novelas, etc., nos ganaremos seguramente un enemigo encubierto ó descubierto, y para el autor, su familia y una docena de jaleadores, que á nadie le faltan, seremos ó ignorantes ó envidiosos. Dícenos también la misma experiencia, que si velamos nuestra opinión con eufemismos discretos, con paños calientes delicados, tomarán el parecer como suena, no atenderán á la insinuación, y será como si hubiésemos emitido una opinión categóricamente favorable. Y en el caso de que apelemos á la piadosa mentira, y vaciemos el saco de las alabanzas, surgirá el compromiso mucho más serio. Entonces os pedirán que saquéis de pila al nene... Ese requisito bastará para que, cual si le comadrinase algún hada, corra la más próspera fortuna.

Y bien—preguntará algún curioso—¿no puede suceder que tal cual vez, efectivamente, un talento ignorado os envíe sus primicias, y tengáis el gusto de ser el primer astrónomo que señale la aparición del hasta la fecha desconocido asteroide?

¡Dios mío! Todo es posible, seor curioso; todo cabe en este mundo. Porque no nos haya ocurrido nunca el feliz evento, no estamos autorizados para negar su posibilidad.

Generalmente, el manuscrito que llega á vuestras manos ya ha pasado por otras, y sois—sin saberlo—el Tribunal supremo llamado á decidir en última instancia. Autores hay que han encanecido en breña obscura, cuando se os presentan con el pelo suelto y la falda corta de jugar al corro. Los dramaturgos os ofrecen lo que veinte empresas rechazarán, lo que ya amarilleaba en el fondo de un cajón. Los novelistas acuden á vosotros porque diez editores les fallaron, aun ofreciendo gratis el manuscrito. Los vates llegan cansados de enriquecer álbumes, abanicos, hojas semanales de publicaciones; de leer en público y en privado; de intentar por todos los medios que se oiga su alabanza poética. Apelan á vosotros, justamente porque el público se hizo el sordo. Quieren que les sirvais de alabón más recio. No buscan vuestro parecer, sino vuestra fuerza, chica ó grande. Es el instinto, muy natural, de aproximarse para sostenerse. Bastantes de esos que así se aproximan, por ventura ni os han leído. Estos postulantes conocen el ruido de un nombre, y les basta. No representan vuestra dirección estética; acaso, si os han leído, os han despedido el día antes en el café ó en el casino local; acaso por sus labios ha rodado la burla, la sátira envenenada, repetida como repite el niño las palabras gordas que escucha en la calle. No os fieis, pues: no os fieis de la cortesía que os mueve, de la cordialidad que os empuja, del deseo de hacer bien, tan natural en nuestros corazones cuando no se hallan gangrenados. Temed, sobre todo, que una debilidad de carácter os lleve á transigir y á manifestar una aprobación no sentida. Porque de esa concesión tendréis que pasar á otras, y os encontraréis, sin saber cómo, responsables de toda la orientación de una vida.

Y además, ¿quién está seguro de decir con certeza: este joven, este novicio, es palo de obra? ¿Quién es capaz de vaticinar—porque un vaticinio es lo que se nos pide—el éxito de un drama, el cómo caerá una novela, la cara que pondrán los lectores á una serie de artículos?

Los primeros trabajos de un escritor, para vez dan idea exacta de sus aptitudes. Balzac escribió más de veinte novelas, que repudió y de las cuales no quiso reconocerse autor; detestables las creía, y la crítica está conforme en que lo eran. Los tempranos versos de Víctor Hugo en el colegio no valían nada. Racine empezó por un drama que hizo trizas. Casi siempre se presta un mal servicio á un autor, cuando se publican sus trabajos juveniles.

Dentro de mi modesta posición respecto á los genios que acabo de citar, á mi me ha sucedido que, á los veinte y pico de años, escribí mi primer cuento, y se lo leí al juez para mí más benévolo y al mismo tiempo más leal y recto que yo conocía: mi padre. Lo escuchó con atención suma, me pidió que repitiese la lectura, lo hice así, se quedó pensativo, y al fin, con el arranque penoso del que tiene que dar una mala noticia, me dijo severamente:

—No te da el naípe por ahí. No sirves para ese género. Debes renunciar á escribir cuentos para toda tu vida; es indudable que careces de las condiciones

del cuentista, que son rapidez y una gracia especial, como la que posee Alarcón, por ejemplo...

Y me avine completamente á la opinión de mi padre, y quemé aquel cuento, que se titulaba, si mal no recuerdo, *La mina*, y en seis ó ocho años no volví á pensar en contar un cuento á nadie; y acaso no hubiese vuelto en mi vida, si no acierta á caer en mis manos un artículo de Revista inglesa sobre la «primer herrumbre» ó cosa así, de los autores; artículo atestado de hechos, en demostración de que los ensayos, para contar verdad, han de ser tenaces, repetidos y contrastados, no por un amigo ni por un círculo de amigos, sino por «una masa de lectores indiferentes y desinteresados.» Hízome esta teoría ceder á la tentación, reiterada y vencida siempre, de escribir otro cuento, y sobre todo de publicarlo; y á la verdad, no puedo quejarme de la suerte que, desde entonces, ha corrido esta parte de mi producción literaria.

Así es que, cuando se nos pide una opinión decisiva, es un lazo lo que se nos tiende, ó un lazo el que se tiende á sí propio el autor. Si nos equivocamos—y queda demostrado que es tan fácil equivocarse con la mejor intención—pesará siempre sobre nosotros la cuenta del error cometido. Debemos, pues, sistemáticamente, recusarnos.

Otro poeta ha seguido á Emilio Ferrari al sepulcro. El poeta se llamó Ricardo Gil. No he llegado á conocer de él sus obras, sus dos libros de versos, *De los quince á los treinta* y *La caja de música*. Si alguna vez le hablé, no lo recuerdo.

Era murciano. Es cuanto sé de su biografía, y no disculpo mi ignorancia: la confieso. Vivo tan alejada de lo que se llama círculos literarios (á excepción del Ateneo de Madrid, al cual sólo concurre determinado personal, aunque de lejos pueda parecer que todos los escritores han de frecuentarlo), que muchas existencias de personas más ó menos señaladas por sus merecimientos en varios ramos de las letras se deslizan íntegramente lejos de mí, fuera de mi radio. Y si á esto se añade que un escritor se encierre, como dicen que se encerró Ricardo Gil, en voluntaria penumbra, se explica la completa carencia de notas biográficas que respecto á él me aqueja.

Abro los libros—me los había enviado á su hora, cariñosamente dedicados—y los hojeo deteniéndome en algunas composiciones, para darme cuenta de lo que hemos perdido al perder á este poeta oculto bajo las hojas, no de las tímidas violetas, pero sí del papel de los diarios, que no le nombraban nunca. Y reconozco que era Ricardo Gil uno de los *menores*, según él mismo se define:

Lector: el vino que á ofrecer me atrevo  
no es dulce, y en el alma no provoca  
ni el delirio del genio, ni la loca  
risa del vino nuevo.  
Cuando su espuma á la cabeza sube,  
no engendra pesadilla abrumadora,  
sino la ciñe con ligera nube  
del color de la aurora...

Estas estrofas de la *Invitación* dan la nota y la medida de la Musa de Gil. Es en efecto su vino un vino que no embriaga, ni alza espuma. Su nota es plácida, benigna—de esa placidez y benignidad que parecen patrimonio de una generación postromántica, pero no curada aún de la melancolía del romanticismo.—Las nuevas corrientes literarias, el sentimiento nuevo, por decirlo así, de la generación contemporánea, no habían llegado hasta él; en su lira no encontraron eco. Y esta poesía donde no palpita una angustia intensa, ni una aspiración sedienta y de luegas alas, nos parece, en la orientación actual de nuestro espíritu, algo como manjar sin especias, ó tela palidecida donde los colores ya no despiertan el goce de mirar. En suma, el tiempo había pasado sobre los versos simpáticos y nobles de Ricardo Gil.

Citando de él algo que pueda dar idea de su mejor inspiración, recuerdo un soneto que, sólo por el primer verso (que acaso debiera ser el último, resumir el pensamiento), merece vivir siempre en las letras castellanas. Helo aquí.

Despierta, voluntad, que siempre es hora  
de que velando estés; mas llegó el día  
en que es tu sueño infame cobardía  
si fué hasta aquí pereza soñadora.  
Despierta; y la pasión enervadora,  
la queja estéril y la duda impía  
desvanézcanse ya como la fría  
lóbrega noche al despertar la aurora.  
A la común batalla vuela, y riñe.  
Trueca ya lo ideal por la bandera  
que el lauro adorna ó que la sangre tiñe,  
y ante el peligro irguiéndote severa,  
si no con la del triunfo, sé un momento  
grande con la grandeza del intento.

EMILIA PARDO BAZÁN.